

IMÁGENES FALSAS ACERCA DE DIOS

En estos tiempos hay cosas muy importantes para poner a la orden del día en nuestra espiritualidad, que es acerca de la concepción que muchas veces tenemos acerca del actuar de Dios en nuestras vidas. En esta ocasión déjenme darles una guía de cómo podemos concebir a Dios como un Fetiche (un fetiche es un **objeto material de culto al que se conceden propiedades mágicas o sobrenaturales** y llega a ser venerado como un ídolo) y no como un Dios que nos propuso Jesús.

Esta visión no es una forma matemática en donde tu digas yo veo a Dios así, sino que es una posibilidad de que muchas veces transparentemos esta visión de Dios a los demás que nosotros inconscientemente lo tengamos... para otros será una oportunidad para descubrir una verdadera concepción de Dios que te ayude a acercarte a Él.

Te pido antes de todo que con humildad te examines y le pidas a Dios amarlo y pedirle tener una concepción de Él mas cercana que te ayude a sentirte amado como un hijo.

Los fetiches de Dios y el Dios de Jesús.

El primer paso que debe darse es garantizar que la relación con Dios esté dada en el encuentro personal con el Dios que Jesús nos reveló, y no con imágenes distorsionadas de Él. Cuando se hace un trabajo personal profundo, y se conoce el barro del que estamos hechos(as), nos damos cuenta que tenemos una serie de miedos y compulsiones que nos fabrican fetiches -falsas imágenes de Dios-. Por eso un primer examen, un primer discernimiento, un primer acercamiento a la experiencia espiritual, tiene que encaminarse a verificar si eso que llamamos "Dios", refleja en realidad la imagen del Dios de Jesús o es una pobre percepción de Dios, producto de nuestra propia fragilidad humana. Así se va comprendiendo que discernir es una lucha: una lucha por reivindicar el verdadero rostro de Dios, por rescatar la imagen auténtica de Dios de la multitud de imágenes distorsionadas, fetichistas, que se han creado de Él.



Fetichismo de Dios

El *dios perfeccionista* –con minúscula porque pobre es su realidad-, un dios que quiere y provoca el perfeccionismo y por tanto se vuelve implacable con quienes no llegan a la perfección.

El *dios sádico* –también en minúscula porque su presencia nos aplasta-, un dios que nos exige cosas que cuesten, cosas que sangren, cosas que duelan, que nos hace sentir, creer y decir, por principio, “*mientras más difícil sea, ¡más signo es de dios!*”.

El *dios negociante, exitoso* –siempre en minúscula-, un **fetichismo que exige obras**, que exige cultivar la imagen, que es alguien que puede comerciarse. Por eso la relación con ese dios se torna mercantilista: “*te hago para que me des*”...

El *dios personalista e intimista* – continuamos con minúscula- un **fetichismo hecho a nuestra pobre medida**. Es el dios de *mi propiedad*, a quien manejo: lo hago a “*mi imagen y semejanza*”, para mí; es un dios exclusivo porque es de mi propiedad.

Dios de Jesús

El *Dios de Jesús es el Dios de la alegre misericordia como lo encontramos en el Hijo Pródigo* (Lc. 15, 11 –22); EL Dios que celebra el perdón con la fiesta; el Dios que le interesa nuestro corazón y no nuestras acciones, el Dios que no nos pide la perfección sino la apertura a su modo diferente.

El *Dios de Jesús es el Dios del amor incondicional* que nos quiere por lo que somos y no por lo que hacemos; el Dios que nos busca más, precisamente cuando hemos sido más alejados(as) de lo que nosotros(as) hemos captado como “*su camino*”. El Dios que nos ha querido cuando aún éramos pecadores(as) (Rm. 5,8) y nos ama y nos prefiere justo por ello (Mc. 2, 16 – 17).

El *Dios de Jesús es el Dios de la gratuidad*. Es la palabra que quizás, lo representa más. Todo en Él es gratuito. No se le compra con nada, no se nos vende por nada. Todo en Él, todo Él, es regalo (Mc. 10, 45).

El *Dios de Jesús es el Dios del Reino, es decir, de un proyecto histórico suyo para con la humanidad*; proyecto que implica la paz, la justicia, la concordia, la solidaridad, la igualdad, el respeto entre todas las personas y el equilibrio con el universo. Es un proyecto que comienza ahora y termina en Dios también. Es el Dios que se encarna

en cada uno(a) pero sigue siendo radicalmente Otro (Mt. 25, 31 – 46).

El *dios manipulable, abarcable* -en minúscula porque es muy pequeño- **un dios a quien se le puede manipular con ciertos ritos**, oraciones o conocimientos esotéricos, a quien se le conoce en los libros, en el saber, en el entender lógico.

El *Dios de Jesús es el Dios que se experimenta*, es decir, se le conoce y se le comprende desde la experiencia y el encuentro con Jesús, y no desde el conocimiento (Jn. 14, 8 – 9). No hay pasos ni gradaciones en su comprensión. La clave exegética para estar en su sombra es el reconocimiento de nuestra condición de limitados y de pecadores, de pobres y de necesitados. Esta es la condición de su experiencia (Mt. 11, 25).

El *dios juez implacable* –en minúscula por su mezquindad- **un dios que está listo para juzgarnos y castigarnos**, sobre todo, en lo que respecta a nuestro cuerpo y nuestra sexualidad.

El *Dios de Jesús es el Dios de la libertad (Gal. 5,5) y la confianza*, que apuesta por nuestra libertad y nos insta a ser libres (Jn. 8, 31 – 36). Nos pone el amor como único criterio normativo. Es un Dios que pone el amor sobre la ley, la misericordia sobre la justicia. Es un Dios que nos invita a soltarnos y dejarnos llevar por Él (Mt. 6, 24 – 34).

El *dios hedonista* –por supuesto en minúscula- **un dios del puro placer, un dios facilitón**. El dios del niño, que es imagen de sus proyecciones y de sus miedos. El dios de la sola resurrección, que no pasa por la muerte, que no quiere ver el sufrimiento, que no asume las consecuencias del compromiso.

El *Dios de Jesús es el Dios Pascual*, nos enseña algo radicalmente nuevo: que si el grano de trigo no muere no da fruto (Jn. 12, 23 – 24). Da sentido al saber entregarse hasta el fondo: la muerte que genera vida (Jn. 12, 25 – 26).



El *dios todopoderoso* –sin variar, en minúscula- un dios que se confunde con el poder, que se coloca en la prepotencia y que entonces nos arma los mayores embrollos: no podemos explicarnos ni entender, ni aceptar el mal ni el dolor frente a ese fetiche, haciéndolo responsable de las consecuencias del mal en el mundo, y de las consecuencias de la acción libre del ser humano en contra de sí mismo.

El *dios de la falsa conciliación y de la falsa paz*. –en minúscula por su cobardía- un dios de una paz, por ejemplo, sin justicia. Un dios que no exige la radicalidad del compromiso, sino el “bienestar” sin conflicto.

El *Dios de Jesús es el Dios encarnado, “en-tierrado”*¹ que escoge lo débil, lo pobre, lo pequeño como primer canal de revelación: la encarnación antes que cualquier otra formulación teofánica (Jn. 1, 14).

El *Dios de Jesús es el Dios de la esperanza, es quien provoca en nosotros la capacidad de creer y de esperar*, que hace posible que colaboremos en la movilización de la historia...

Espero que este documento te ayude a cuestionarte y verte a profundidad para reconocer al Dios que habita en ti.

Referencia:

Cabarrús Rafael (2001) *Crecer bebiendo del propio pozo*. 5ta ed. Bilbao: Ed. Serendipity, pp. 184.

¹ “*En-tierrado*”: en medio de la gran magnitud del Universo y sus galaxias, escoge este planeta –entre tanto no se demuestre otra cosa- para poner vida, para poner *su* vida.